# *GUZMÁN DE ALFARACHE* EN 1605: MATEO ALEMÁN FRENTE A SU PÚBLICO

Parece útil, para formar concepto más concreto del éxito del *Guzmán de Alfarache* en los primeros años del siglo XVII, hacer inventario de los elementos tradicionales que incluye el libro —cuentecillos, chistes y burlas—, así como de unos materiales del mismo, materiales que podemos sospechar eran familiares a los primeros lectores de la obra: cuentecillos, anécdotas, novelas cortas. A continuación van los resultados de una primera investigación —cuyo carácter provisional no se me oculta— acerca de dichos elementos. Varios de ellos han sido reconocidos ya y apuntados como tales por Edmond Cros, Francisco Rico, Eugenio Asensio y Alberto Blecua: los incluyo en las listas que siguen para ofrecer una visión de conjunto, lo más completa posible, de este aspecto del *Guzmán de Alfarache*. Otros son más nuevos, según irá viendo el lector. Para abreviar notas y referencias, doy en seguida la lista de una serie de textos que se citan en el presente estudio:


ALCALÁ YÁÑEZ, JERÓNIMO DE, *El Donado hablador* (1624-1626). Biblioteca de Autores Españoles (= B. A. E.), XVIII.

ARGUIJO, JUAN DE, *Cuentos*. Ed. Beatriz Chenot y Maxime Chevalier, Clásicos Castalia [de próxima publicación].

CERVANTES, MIGUEL DE, *Don Quijote*. Ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1947-1948.

CORREAS, GONZALO, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Ed. Louis Combet, Bordeaux, 1967.

CORTÉS DE TOLOSA, JUAN, *Lazarillo de Manzanares* (1620). Barcelona, Selecciones Bibliófilas, 1960.

*El Crotalón*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, VII.

"FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, ALONSO", *Don Quijote de la Mancha*. B. A. E., XVIII.

GARIBAY, *Cuentos*. B. A. E., 176; pp. 211-222.

GRACIÁN, BALTASAR, *Agudeza y Arte de ingenio*. Clásicos Castalia, nos. 14-15.

HERMOSILLA, DIEGO DE, *Diálogo de la vida de los pajes de Palacio* (1573?). Ed. Donald Mackenzie, Valladolid, 1916.

HIDALGO, GASPAR LUCAS, *Diálogos de apacible entretenimiento* (1606). B. A. E., XXXVI.

LÓPEZ PINCIANO, ALONSO, *Filosofía antigua poética* (1596). Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos, Madrid, 1953.

LÓPEZ DE ÚBEDA, FRANCISCO, *La Pícara Justina*. B. A. E., XXXIII.

LUNA, JUAN DE, *Diálogos familiares* (1619). En SBARBI, *Refranero general*, I.

MEDRANO, JULIÁN DE, *Silva curiosa* (1583). En SBARBI, *Refranero general*, X.

MONDRAGÓN, JERÓNIMO DE, *Censura de la locura humana y excelencias della* (1598). Barcelona, Selecciones Bibliófilas.

PALMIRENO, LORENZO, *El estudioso de la aldea*. Valencia, Juan Mey, 1568.

PINEDO, LUIS DE, *Libro de chistes*. B. A. E., 176; pp. 97-117.

QUEVEDO, FRANCISCO DE, *La vida de Buscón*. Ed. F. Lázaro Carreter, Salamanca, 1965.

QUEVEDO, FRANCISCO DE, *Poesía*. Ed. J. M. Blecua, Clásicos Planeta, Barcelona, 1963.

SALAZAR, AMBROSIO DE, *Las clavellinas de recreación*. Rouen, 1614.

SANTA CRUZ, MELCHOR DE, *Floresta española* (1574). Bibliófilos Españoles, II, XXIX.

SILVA, FELICIANO DE, *Segunda Comedia de Celestina* (1534). Libros raros o curiosos, IX.

SUÁREZ DE FIGUEROA, CRISTÓBAL, *El Pasagero* (1617). Biblioteca Renacimiento, Madrid, 1913.

TIMONEDA, JUAN, *Buen Aviso y Portacuentos* (1564). En la *Revue Hispanique*, XXIV, 1911; pp. 171-254.

TIMONEDA, JUAN, *El Sobremesa y Alivio de caminantes* (1563). B. A. E., III.

VELÁZQUEZ DE VELASCO, ALFONSO, *La Lena* (1602). N. B. A. E., XIV.[1]

[1] Las obras de referencia a que remito al lector son las siguientes:
ASENSIO = EUGENIO ASENSIO, *Itinerario del entremés desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente*. Madrid, Gredos, 1971 (Biblioteca Románica Hispánica).
BLECUA = ALBERTO BLECUA, "Libros de caballerías, latín maca-

Cito el texto del *Guzmán de Alfarache* por la edición de Francisco Rico. Apunto en forma abreviada el texto de los cuentecillos cada vez que éstos alcanzan cierta extensión.

## I. CUENTECILLOS

a) *Bobadas de aldeanos*

"Antón Berrocal, dadme el ceboncillo y veis aquí vuestro asno" (pp. 499-500)

Cuentecillo tradicional que aparece en Lorenzo Palmireno, *El estudioso de la aldea*, p. 197, y Gaspar Lucas Hidalgo, *Diálogos*, p. 282*a*. *Cuentecillos tradicionales*, A2.

Pues yo doy mi palabra, que a tal pensamiento se le pudiera decir lo que otro labrador, también cerca de allí en la Mancha, dijo a otros dos que porfiaban sobre la cría de una yegua. El uno dellos decía "jumento es", y el otro que no, sino muleto. Y llegándose a mirarlo el tercero, cuando hubo bien rodeado y mirándole hocico y orejas, dijo: "¡Par Dios, no hay que rehortir, tan asno es como mi padre!" (p. 647).

El cuento debe ser tradicional, o pertenecer a un grupo de cuentos tradicionales, según sospecha Cros, p. 132. Compárese *Don Quijote*, I, XLV, III, p. 302, donde la frase "¡Tan albarda es como mi padre!" surge a continuación de la disputa sobre la albarda o jaez del desgraciado barbero.

Como lo hizo en cierta probanza de un señor un vasallo suyo, labrador, de corto entendimiento, el cual, habiéndole

rrónico y novela picaresca: la adaptación castellana del *Baldus* (Sevilla, 1542), *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXXIV (1971-1972), pp. 147-239.

CROS = EDMOND CROS, *Contribution à l'étude des sources de "Guzmán de Alfarache"*. Université de Montpellier, s. a. [1967].

*Cuentecillos tradicionales* = MAXIME CHEVALIER, *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*. [De próxima publicación en la Biblioteca Románica Hispánica].

RICO = *La novela picaresca española: I*. Ed. Francisco Rico, Clásicos Planeta, Barcelona, 1967.

dicho que dijese tener ochenta años, no entendió bien y juró tener ochocientos. Y aunque, admirado el escribano de semejante disparate, le advirtió que mirase lo que decía, y respondió: "Mirá vos cómo escrebís y dejad a cada uno tener los años que quisiere, sin espulgarme la vida" (p. 675).

Pertenece sin duda el cuento a un grupo de historietas sobre testimonios graciosos prestados por aldeanos bobos. Compárese el relato de Pinedo (p. 117*a*) aducido por Francisco Rico:

El Comendador del Hospital del Rey, extramuros de Burgos, trataba un pleito ante el alcalde Herrera. Uno de los testigos después de haber depuesto mediante juramento, preguntado si quería decir más, respondió: "No me mandó decir más el Comendador".

No sé si os diga un error de lengua gracioso que sucedió a un labrador que yo conocí en Olías, aldea de Toledo... Estaba con otros jugando a la primera y, habiéndose el tercero descartado, dijo el segundo: "Tengo primera, bendito sea Dios, que ya he hecho una mano". Pues, como iba el labrador viendo sus naipes, hallólos todos de un linaje y, con el alegría de ganar la mano, dijo en el mismo punto: "No muy bendito, que tengo flux" (p. 171).

Sin poder demostrarlo, sospecho que se trata de un cuentecillo tradicional. Existe en efecto un ciclo de cuentecillos relacionados con el pueblo de Olías:[2] el del perro de Olías, relatado por Calderón (*Mañana será otro día*, II, B. A. E., VII, p. 536*c*) y aludido por Mira de Amescua (*El esclavo del demonio*, I, "Clásicos castellanos", pp. 125-126. *Cuentecillos tradicionales*, M4); y el de la novia de Olías, contado por Lope de Vega en *¿De cuando acá nos vino?*, II:

Creo que vienes a ser
como la novia de Olías;
que, como los que estuviesen
a la mesa de la boda,
entre la comida toda
el arroz encareciesen,

[2] Sobre otro ciclo de cuentecillos, relacionados con Orgaz, véase NOËL SALOMON, *Recherches sur le thème paysan dans la "comedia" au temps de Lope de Vega*, Bordeaux, 1965, p. 676 nota.

respondió muy a deshora
con baja y humilde voz:
"Yo soy quien hizo el arroz,
aunque indina pecadora".

(*Acad. N.*, XI, p. 695*a*)

Pensaron que no había más que hacer de lo que dijo un labrador, alcalde de ordinario de la villa de Almonací de Zurita, en el reino de Toledo, habiendo hecho un pilar de agua donde llegase a beber el ganado, que, después de acabado, soltaron la cañería en presencia de todo el concejo y, como unos dicen "alto está" y otros "no está", se llegó el alcalde a beber y, en apartándose, dijo: Par Dios no hay más que hablar, que, pues yo alcanzo, no habrá bestia que no alcance" (pp. 646-647).

Refiere el mismo cuentecillo Fernán Caballero en *Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias y sin notas diplomáticas* (*Cuentos*, B. A. E., 140, p. 79*b*). No basta esta coincidencia para demostrar el carácter tradicional del cuento en el Siglo de Oro, pero sí nos incita a buscarlo en textos anteriores a *Guzmán de Alfarache* o contemporáneos de él.

Resulta curioso observar, de paso, que el libro de *Guzmán* presenta muy pocos cuentecillos de los que se fundan en agudezas de aldeanos y aldeanas, numerosos en los libritos de Timoneda y Santa Cruz, y extensamente difundidos en la tradición oral (*Cuentecillos tradicionales*, H 1-3, J 7, K 1, N 1, O 31, Q 4). Es un aspecto de la desconfianza de Alemán hacia los plebeyos, desconfianza que subrayó Francisco Rico (p. CXLV).

b) *Burla y sátira de varios oficios*

Estas burlas corresponden a una rica literatura oral, bien representada en la *Floresta* de Santa Cruz (IV, VII, *De médicos y cirujanos;* V, III, *De oficiales,* en especial). Podemos afirmar sin ninguna vacilación que buena porción de dichos cuentecillos era, en efecto, tradicional en la España del Siglo de Oro (*Cuentecillos tradicionales,* F y G).

Quísome parecer a lo que aconteció en la Mancha con un médico falso. No sabía letra ni había nunca estudiado. Traía

consigo gran cantidad de receptas, a una parte de jarabes y a otra de purgas. Y cuando visitaba algún enfermo, conforme al beneficio que le había de hacer, metía la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: "¡Dios te la depare buena!", y así le daba la con que primero encontraba (p. 149).

Cuentecillo tradicional muy divulgado, que aparece en Lope de Vega, *Los ramilletes de Madrid,* II, *Acad. N.,* XIII, p. 491*b*; Tirso de Molina, *Don Gil de las calzas verdes,* I, B. A. E., V, p. 404*a*; Juan de Luna, *Diálogos familiares,* pp. 177-178; Correas, p. 327*a*; Alcalá Yáñez, *El Donado hablador,* I, VI, p. 519*a*. *Cuentecillos tradicionales,* F 1.

Como le dijeron a un mal pintor, el cual, como en una conversación dijese que quería mandar blanquear su casa y luego pintarla, le dijo uno de los presentes: "Harto mejor hará Vuestra Merced en pintarla primero y blanquearla después" (pp. 616-617).

Cuentecillo tradicional que aparece en Arguijo, *Cuentos,* nº 27; Calderón, *Los dos amantes del cielo,* I, B. A. E., XII, p. 286*c*; y también (Rico, p. 617) en Fray Pedro de Valderrama, *Ejercicios espirituales para todos los días de la Cuaresma. Primera parte,* Sevilla, 1602. *Cuentecillos tradicionales,* G 4.

El episodio en que les dan de comer al arriero y a Guzmanillo muleto por ternera (pp. 177-179), lo puede haber sugerido a Mateo Alemán el siguiente cuento de la *Floresta,* XI, VI, 9, p. 286:

Preguntando un caminante a un ventero de Sierra Morena qué tenía de comer, respondió que no había otra cosa sino huevos. Replicó el caminante: —"¿Habrá alguna carne salpresa, como de la que me diste hoy ha ocho días, cuando pasé por aquí? Que, en verdad, no he comido en mi vida cosa que mejor me supiese". Dijo un mochacho, hijo del ventero: —"Caro costaría si cada semana se nos hubiese de morir un rocín".

Cuentecillo tradicional que también aparece en los *Diálogos familiares* de Juan de Luna (pp. 240-241) y en *La Pícara Justina,* I, III, 2, p. 73*a*. *Cuentecillos tradicionales,* L 2.

Volvedos en buen hora, que muy bien pudieron herlo (p. 763).

Mateo Alemán pudo tomar este relato de la *Floresta* de Santa Cruz, V, IV, 5, p. 143 (Cros, p. 132), a no ser que se trate de un cuento tradicional. No podemos afirmar por ahora el carácter tradicional del cuentecillo.

c) *Estafas y robos, ladrones y ajusticiados*

Los cuentecillos reunidos bajo esta rúbrica corresponden también a un rico folklore: véanse *Cuentecillos tradicionales,* B y E, y Santa Cruz, *Floresta,* II, VI, *De pajes*; IV, V, *De hurtos*; IV, VI, *De justiciados.*

Y aun en esto hacían mil burradas; que como uno levantase un panal de la mesa, envolvíolo de presto en un lienzo y metiólo en la faltriquera. Como servía los manjares y no pudiese tan presto darle puerto de salvación o el cobro que deseaba y con el calor se fuese la miel derritiendo, iba corriendo por las medias calzas abajo a mucha priesa. Monseñor lo miraba desde la mesa, y con gana de reír que tuvo, mandóle que se estirase arriba las calzas. El paje lo hizo. Como pasó las manos por cima de la miel, pegósele y quedó corrido, de lo que allí se rieron; mas a fe que le amargó, porque, sin gustar de la miel, con una correa le hicieron que diese la cera (p. 411).

Cuentecillo tradicional ya relatado por Diego de Hermosilla, *Diálogo,* pp. 17-18. *Cuentecillos tradicionales,* B 10.

Pues a fe que debiera estar escarmentada del jubón que trae vestido debajo de la camisa, con cien botones abrochado, y se lo vistieron por otro tanto (p. 175).

Mas el ser muchacho me reservó de mayor pena, y en lugar de camisa que me prometió, mandó que el verdugo en su presencia me diese un jubón para debajo de la rota que yo llevaba y que saliese de la ciudad luego al momento (pp. 393-394).

Alude Mateo Alemán en estos dos fragmentos a un cuentecillo tradicional que también aparece —relatado o aludido— en *El*

*Sobremesa,* II, 71; Lope de Vega, *El castigo del discreto,* II, *Acad. N.,* IV, p. 204*b*; Quevedo, *Poesía,* nº 855, p. 1224; Covarrubias, *Tesoro,* p. 279*a* y 719*a*. *Cuentecillos tradicionales,* E 3.

Déjese ahorcar y fíese de mí, que acá quedo yo (p. 573).

Conocida anécdota que circulaba en Sevilla en los últimos años del siglo XVI y primeros del XVII. Sale también entre los *Cuentos* de Juan de Arguijo (nº 25) y en el *Entremés de la cárcel de Sevilla* (Asensio, p. 94; Cros, p. 126; Rico, p. 573).

Guzmán acaba de hurtar el dinero que lleva un hidalgo; parte de las monedas caen en el suelo; la víctima del robo ayuda a recogerlas (pp. 855-856).

Mateo Alemán acaso toma el relato del *Portacuentos,* nº 96 (Cros, pp. 107-109). Puede ser que se trate de un cuento tradicional; no lo puedo demostrar.

El robo de la saya (pp. 637-638).

Acaso tomado del *Portacuentos,* nº 97 (Cros, pp. 98-99), a no ser que se trate de un tema tradicional.

Cuando más no podía, con las tijeras, que siempre andaban en la mano, del mejor ferreruelo que me parecía y del más pintado gentilhombre le sacaba por detrás o por un lado, si acaso por el aprieto se le caía, para tres o cuatro pares de soletas (p. 635).

Fragmento acaso inspirado a Mateo Alemán por algún cuento parecido al que refiere Juan de Arguijo (nº 356):

Andaba un hombre en la feria buscando un pedacillo de paño de color semejante al de un ferreruelo casi nuevo que traía puesto, de paño, para suplir un pedazo que le faltaba delante, y se le habían roído los ratones. Violo un ladroncillo, y diestramente cortóle de detrás del mismo ferreruelo, y púsoselo delante diciendo si era a propósito aquel pedazo de paño. El hombre cotejólo, y viéndolo semejante, preguntó cuánto quería por él. Pidió el ladrón cuatro ducados y estu-

vo firme hasta que se los dio. Fue con su paño a casa muy contento y halló la falta del ferreruelo.

A una dama cortesana en Roma, por ser descompuesta de lengua, le hizo dar otra una gran cuchillada por la cara, que atravesándole las narices, le ciñó igualmente los lados. Y estándola curando, después de haberle dado diez y seis o diez y siete puntos, decía llorando: "¡Ay, desdichada de mí! Señores míos, por un solo Dios, que no lo sepa mi marido." Respondió un maleante, que allí se había hallado: "Si como a Vuestra Merced le atraviesa por toda la cara, la tuviera en las nalgas, aun pudiera encubrirlo; pero si no hay toca con que se cubra, ¿qué secreto nos encarga?" (p. 546).

El cuento debió de ser tradicional. Compárese la siguiente frase de Sancho en el *Quijote* de Avellaneda (p. 94*a*):

"Ya ve vuesa merced, señor mío, cómo la señora Reina es una buena persona, a quien Dios eche en aquellas partes en que más della se sirva; y perdónenos si ella no tiene tan buen hocico como mi amo ha dicho y vuesa merced merece; pues suya es la culpa, suya es la gran culpa, porque yo le he dicho muchas veces que por qué no procuraba que aquel *persignum crucis* que tiene en la cara, se le dieran en otra parte, pues fuera mejor donde no se echara tanto de ver; y ella dice que a quien dan no escoge."

*d) Cuentos varios*

Que no hay carga que tanto pese como uno destos matrimonios. Y así lo dio bien a sentir un pasajero, el cual, yendo navegando y sucediéndole una gran tormenta, mandó el maestre del navío que alijasen presto de las cosas de más peso para salvarse, y, tomando a su mujer en brazos, dio con ella en la mar. Queriéndolo después castigar por ello, escusábase diciendo que así se lo mandó el maestre y que no llevaba en toda su mercadería cosa que tanto pesase, y por eso lo hizo (p. 794).

Cuentecillo tradicional que aparece, con notables variantes, en la *Floresta* de Santa Cruz, IX, IV, 6, p. 247; Velázquez de Velasco, *La Lena*, III, X, p. 419*b*; Tirso de Molina, *El Caballero*

*de Gracia,* I, IX, N. B. A. E., IX, p. 364*b*. *Cuentecillos tradicionales,* J 3.[3]

> "Vuesa Merced cumple con pagarme cada mes mi salario y yo con acompañarle como lo prometí, y el uno ni el otro no estamos a más obligados..." (p. 296).

Variante de un cuento folklórico muy conocido (Aarne-Thompson, *The Types of the Folktale,* 1562). Otra versión de él sale en los *Cuentos* de Arguijo (nº 69):

> Despedíase un lacayo de su amo porque le mandaba muchas cosas que no eran de su oficio. Conviniéronse de escribir en una lista las que precisamente le tocaban y que no se le mandaría otra ninguna. Saliendo una tarde al campo, cayó su amo de la mula, y colgado del estribo, lo llevaba arrastrando, y daba voces al lacayo que le socorriese. El cual, con mucha flema, se paró a sacar el cartapacio para ver si entraba esto en el concierto.
>
> Viene muy bien acerca desto lo que dijo Fuctillos, un loco que andaba por Alcalá de Henares, el cual yo después conocí. Habíale un perro desgarrado una pierna y, aunque vino a estar sano della, no lo quedó en el corazón. Estaba de mal ánimo contra el perro y viéndolo acaso un día muy estendido a la larga por delante de su puerta, durmiendo a el sol, fuese allí junto a la obra de Sancta María y, cogiendo a brazos un canto cuan grande lo pudo alzar del suelo, se fue bonico a él sin que lo sintiese y dejóselo caer a plomo sobre la cabeza. Pues como se sintiese de aquella manera el pobre perro, con las bascas de la muerte daba muchos aullidos y saltos en el aire, y viéndolo así, le decía: "Hermano, hermano, quien enemigos tiene no duerma" (pp. 692-693).

Aparece el mismo cuento en la *Floresta,* VI, III, 4, pp. 157-158.

[3] La frase según la cual "a todo daño se pone quien trata de navegar, pues no está entre la muerte y vida más del canto de un traidor cañuto" (p. 649) puede proceder del siguiente cuento de la *Floresta,* IX, IV, 5, p. 247:

> Preguntando a un maestro de una nao qué tan lejos de la muerte van los que navegan, antes que le respondiese, dijo: "¿Qué tan gruesa es una tabla desta nao?" Señaló como tres dedos. Respondió entonces: "Tan cerca vamos de la muerte".

Puede ser que Mateo Alemán tome el relato de la *Floresta*. Acaso se trate de un cuentecillo tradicional: no lo puedo demostrar.

> Dijo bien el que preguntándole que en cuánto tiempo se podría volver un cuerdo loco, respondió: "según le dieren priesa los muchachos" (p. 558).

Frase tradicional recogida por Santa Cruz, *Floresta*, VI, III, 15, p. 160; Luis de Pinedo, *Libro de chistes*, p. 110*b*; Garibay, *Cuentos*, p. 214*b*. Citada dos veces por Juan Cortés de Tolosa, *Lazarillo de Manzanares*, pp. 8 y 97.

> Que los dones que ya ruedan por Italia, todos son infamia y desvergüenza, que no hay hijo [de] remendón español que no le traiga. Y si corre allá como acá, con razón se les pregunta: "¿Quién guarda los puercos?" (p. 670).

Aparecen cuentos parecidos en Juan Martí y Gracián (Rico, p. 670). ¿Lo habrá copiado Alemán de Martí, y Gracián de Alemán? ¿O se tratará de un cuento tradicional? [4]

*e) Burlas tradicionales*

Varias burlas en las que se entretiene Guzmán, paje de Monseñor, son burlas de tipo tradicional: a la *lejía* y a la *cantaleta*, apuntadas por Francisco Rico (pp. 428-429), conviene añadir la *candelilla* (p. 428), presentada como ordinaria entre pajes por Covarrubias:

> Con estas candelillas suelen los pajes quemarse unos a otros los zapatos, cuando se duermen esperando a sus amos en las visitas (*Tesoro*, p. 286*a*),

[4] La extraña definición que da Correas de la palabra *marrano* ("Al español dice el italiano, motejándole de porquero, porque allá todos se hacen caballeros", p. 746*b*) inclinaría a pensar que se trata en efecto de un cuentecillo tradicional. Observemos por fin que la anécdota de Cisneros apuntada por Mateo Alemán (p. 493) pertenece evidentemente a un fondo oral de historietas relacionadas con dicho personaje: varias anécdotas sobre Cisneros circulaban en los primeros años del siglo XVII (cf. Lope de Vega, *¿De cuándo acá nos vino?*, I, *Acad. N.*, XI, p. 681*a*, y *Quien ama, no haga fieros*, II, *Acad. N.*, XIII, p. 413*a*).

y extensamente descrita por Calderón en *La Virgen del Sagrario,* III (B. A. E., VII, p. 342*ab*).

Son éstas las únicas travesuras de Guzmán paje cuya huella hemos conseguido descubrir en otros textos de la época. Pero no serán casos aislados entre las facecias del criado de Monseñor y del embajador de Francia: es de suponer, en particular, que lo del borracho atado a la silla, que se cae al querer levantarse (pp. 438-439), no se deberá a la inventiva de Mateo Alemán. Confío en que unas investigaciones ulteriores han de poner de manifiesto todo lo que deben las habilidades de Guzmán paje a la tradición oral y a las costumbres de la España del Siglo de Oro.

## II. CHISTES TRADICIONALES

Cosa sabida es que las agudezas que con fruición manejan los escritores españoles de los siglos XVI y XVII no siempre pecan de originales. Quisiera demostrar aquí, más concretamente, que una serie de chistes a los que apela Mateo Alemán son de antigüedad ya respetable cuando los acoge él en las páginas del *Guzmán,*[5] y pertenecen, en algunos casos, a un fondo oral, a un folklore de estudiantes que hubo de tener gran importancia en la vida de la España del Siglo de Oro, y que frecuentemente asoma —aunque el hecho no siempre resulta fácil de comprobar— en la literatura de la época.

> Que los dones que ya ruedan por Italia, todos son infamia y desvergüenza, que no hay hijo [de] remendón español que no le traiga (p. 670).

¿Por qué de remendón y no de sastre, por ejemplo? Basta formular la pregunta para percibir en esta frase el eco de un conocido chiste del *Buscón:*

> Sólo el *don* me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le

[5] Véanse los ejemplos apuntados por Francisco Rico, pp. 278, 845 y 856.

tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, azadón, pendón, blandón, bordón y otros así (pp. 151-152).

Pero, si bien Quevedo enriqueció el chiste acumulando vocablos, no tuvo que inventarlo. Ya aparece, en efecto, en uno de los diálogos del *Crotalón:*

MICILO.—Pues ¿tu padre tenía antes don?
GALLO.—Sí tenía, sino que le tenía al fin del nombre.
MICILO.—¿Cómo es eso?
GALLO.—Llamábase Francisco Remendón. Ves allí el don al cabo (p. 166*b*).

Lo repiten Fernández de Avellaneda en la *Quinta parte de Don Quijote:*

—¿Cómo es eso?, dijo don Álvaro, ¿vuestro padre tenía don?
—Sí, señor, dijo Sancho, pero teníale a la postre.
—¿Cómo, a la postre? replicó don Álvaro. ¿Llamábase Francisco Don, Juan Don o Diego Don?
—No, señor, dijo Sancho, sino Pedro el Remendón (p. 8*a*).

y Guillén de Castro en *El pretender con pobreza,* II *(Obras,* II, p. 427*b*):

Pretendí que un remendón
un zapato me cosiera,
y porque de balde fuera,
le puse al principio el don.

Por fin apunta Correas la variante *don / azadón:*

El azadón tiene don, y no se sirve dél, y las damas se honran con él (p. 84*a*).

Los estudiantes podían poco, que nunca sus porciones tienen fuerzas para sufrir ancas y no había en todos ellos alguno que, rigiendo la oración, se hiciera nominativo, a quien se guardara respeto y acudiera con lo necesario. Pues mal comer, poco y tarde y por tan poco interés dar tanto, que siempre había de verme puesto en acusativo, como la persona que padece, no quise (pp. 831-832).

Era chiste muy común entre estudiantes, que debió de tener numerosísimas variantes. Véanse los siguientes ejemplos:

Nominativo, juego; genitivo, taberna; dativo, ramera; acusativo, pobreza; vocativo; ladrón; ablativo, horca.—Los que han estudiado bien entenderá este nominativo, que compuso la experiencia de algunos malos estudiantes que pasan por estos casos (Correas, p. 264*a*).

Decía un licenciado Soleta, mi amigo, que se halló en la batalla gramatical, en que salieron muchos verbos con las narices cortadas, que el amor se declina por solos dos casos. Conviene a saber: dativo y genitivo. El primero, por ante de casadas, y el segundo, por postre. ¡El diablo soy, que hasta los nominativos se me encajaron! (*La Pícara Justina*, IV, III, p. 162*a*).

Los más de los señores de estos tiempos saben muy bien el declinar de sus antepasados, pero han quitado el dativo de sus declinaciones y puesto el ablativo en su lugar, no dando nada o muy poco (que todo sale a una cuenta) y quitando en vez de dar (*Cuentos de Juan de Arguijo*, nº 401).

FENISA
Que no puede amor durar
sin fundamento y estribo.

ALBANIO
Y ¿qué es el estribo?

FENISA
El dar,
porque es, no habiendo dativo,
cantar mal y porfiar
(Lope de Vega, *El anzuelo de Fenisa*, I, B. A. E., XLI, p. 356*a*).

Como es lógico, van menudeando los recuerdos de cuentecillos y chistes antiguos cuando trata Mateo Alemán del hambre que pasan los estudiantes, tema trillado si los hubo:

Pues ya, si es día de pescado, aquel potaje de lantejas, como las de Isopo, y, si de garbanzos, yo aseguro no haber buzo tan diestro, que sacase uno de cuatro zabullidas (p. 807).

Se percibe en esta frase el eco de un cuento de la *Floresta*, IV, VIII, 4, p. 128:

A un estudiante, que era pupilo de un colegio, echáronle en una escudilla grande mucho caldo y solo un garbanzo.

> Desabrochóse y rogó a su compañero que le ayudase a desnudar. Preguntado por qué, respondió: "Quiérome echar a nadar para sacar aquel garbanzo"

cuento ya aprovechado por Quevedo en el *Buscón:*

> Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo (p. 36).

> Daba para postre una tajadita de queso, que más parecía viruta o cepilladura de carpintero, según salía delgada, porque no entorpeciese los ingenios (p. 807).

Compárese *Floresta,* IV, VIII, 5, p. 128:

> El mismo [estudiante], trajéronle una tajada de queso en un plato, y era muy delgada. Y cuando la vio, tapóse la boca. Preguntáronle por qué. Respondió: "Por no echarla del plato con el resuello".

> ¡Pues el otro pescado, que el abad dejó, y nos lo daban a nosotros! (p. 808).

Aunque no he leído en ningún otro texto del Siglo de Oro el chiste *el abad dejó / el abadejo,* no me persuado a que lo haya creado Mateo Alemán.

A partir de estas observaciones cabe hacer una pregunta: los parecidos que se han notado entre la vida del estudiante tal como la presentan Juan Martí, Quevedo y Mateo Alemán ¿se deberán a un fenómeno de imitación literaria o más bien a una coincidencia explicable por unas comunes fuentes folklóricas? Y, más concretamente, las semejanzas que existen entre el ama de pupilaje del *Buscón* y la que presenta la *Segunda parte* de *Guzmán* ¿se habrán de justificar por el hecho de que Mateo Alemán pudo haber leído el *Buscón* en forma manuscrita[6] o habremos de apelar al concepto de un personaje tradicional en la literatura oral de los estudiantes? Lo que conduce a plantear

[6] F. LÁZARO CARRETER, "Originalidad del *Buscón*", en *Estilo barroco y personalidad creadora,* Salamanca, 1966, p. 125.

el problema, dejando aparte los textos aducidos más arriba, es el hecho de que este personaje del ama de pupilaje aparece con los mismos rasgos característicos —vieja, sucia, ladrona— en una comedia de Lope de Vega, *El rústico del cielo.*[7] Ahora bien, esta comedia se escribió sin duda en los primeros meses del año 1605: por eso no tenemos derecho a descartar la hipótesis de que el mismo Lope haya recordado el texto de Quevedo, que también él pudo conocer en forma manuscrita. Sería preciso, para atreverse a concluir en favor de la existencia de un personaje tradicional, encontrar ejemplos anteriores a los años 1603-1604, años en los cuales escribió Francisco de Quevedo el *Buscón:* por ahora no conozco ninguno.[8] En tanto no hayan aparecido textos fehacientes, quédese lo sugerido como simple posibilidad, no como hecho demostrado.

[7] Jornada I, B. A. E., 186, pp. 412*a*-413*b*.

[8] El mismo personaje del ama de pupilaje aparece en *La vida del estudiante* (*Huit petits poèmes*, ed. R. Foulché-Delbosc, *Revue Hispanique*, IX, 1902, p. 274*b*), pero puede ser que el autor de este poemita también haya conocido el texto del *Buscón*. Unas palabras más acerca de algunos elementos tradicionales, o no tradicionales, que incluye *Guzmán de Alfarache*. El cuento que explica el refrán "En Malagón, en cada casa un ladrón" (pp. 333-335) nó parece de origen tradicional: Correas, gran conocedor del folklore español, ve en él "una historia que finge el pícaro Alfarache" (p. 136*a*). A los elementos tradicionales pertenece evidentemente el testamento del asno (p. 656). En cuanto al *Arancel de necedades* —tal como aparece en el *Guzmán* (p. 742)— obsérvese que contiene unos chistes extensamente difundidos: lo del necio que, cuando da el reloj, pregunta qué hora es (p. 745), aparece también en Ruiz de Alarcón (?), *Quien engaña más a quien*, I, B. A. E., XX, p. 161*b*; Calderón, *Nadie fie su secreto*, I, B. A. E., XIV, p. 47*a*; Vélez de Guevara, *El ollero de Ocaña*, I, B. A. E., XLV, p. 144*c*; el chiste sobre los signos de Tauro, Aries y Capricornio sale en Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa*, I, B. A. E., XX, p. 323*a* (convendría encontrar ejemplos anteriores al siglo XVII, pero cabe suponer que el chiste sea antiguo, ya que aparece en Rabelais, *Tiers Livre*, XXV, Pléiade, p. 417). El *Arancel de necedades*, que fue arreglado acaso por Alemán y sin ninguna duda por Quevedo (Rico, pp. 742-743) es uno de estos textos festivos de autor desconocido que debieron de circular en forma manuscrita, y que un escritor de vez en cuando insertaba en su prosa, modificándolo cuando así le convenía, pero sin pretender que los lectores lo creyeran por entero parto de su ingenio: es el caso también de la *Geneología de la Necedad* y del *Retrato del monstruo*.

## III. SOBRE UNAS NOVELAS CORTAS DEL *GUZMÁN*

Incluye *Guzmán de Alfarache* una serie de novelas cortas, o, si se quiere, cuentos, que surgen por otra parte en varias obras de la literatura española y europea, y de las cuales resulta muy difícil saber por qué conductos vinieron a parar al libro de Mateo Alemán. A veces ignoramos de dónde proceden: es el caso del cuento del duque de Florencia, heredero de la albarda que perteneció a un mendigo (pp. 389-390). Tirso de Molina, como es sabido, recuerda brevemente el mismo relato (*Cigarrales*, p. 190). Puede defenderse la idea de que Tirso lo haya leído en las páginas de *Guzmán*, pero ¿de dónde lo tomó Mateo Alemán? Idéntico es el caso de la burla de San Juan de Alfarache (pp. 129-133): aparece el cuento en un *fabliau* que no pudo conocer Mateo Alemán de manera directa (Cros, pp. 64-67). En sentido opuesto, nos encontramos con unas novelitas que tienen dos fuentes posibles: la historia de los amores de don Rodrigo de Montalvo (pp. 526-530) puede derivarse de Masuccio Salernitano o de Parabosco o de ambos autores (Cros, pp. 28-29). Alguna vez surge la esperanza en el ánimo nunca desalentado del investigador: la novelita del provenzal y su mujer (p. 896), la debió de leer Mateo Alemán en la colección de Guicciardini (Cros, pp. 39-41);[3] el cuento del prestamista estafado (pp. 652-668) lo conocería el autor del *Guzmán* por la adaptación castellana del *Baldus* (Blecua, pp. 190-191 y 201). Pero en seguida vuelve a nacer la duda: la burla de la tinaja (pp. 324-325) procederá de Straparola (Cros, pp. 68-77), a no ser que Mateo Alemán la tome de la *Segunda Celestina*, donde se lee un relato muy parecido (pp. 338-343).

Entonces al investigador se le ocurre pensar que esta visión borrosa se ha de aclarar el día en que poseamos un inventario completo de los temas narrativos desarrollados y esbozados en el Siglo de Oro. Hasta la fecha únicamente se han analizado

[3] Cuento muy divulgado en la Europa de los siglos XVI y XVII, ya que aparece en *Les Cent Nouvelles nouvelles*, nº 47; *Les nouvelles récréations et joyeux devis* de Bonaventure des Périers, nº 90; Lope de Vega, *El príncipe perfecto. II*, III, B. A. E., LII, p. 135*b*; Matías de los Reyes, *El Menandro*, "Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas", pp. 78-79.

en forma sistemática, desde este punto de vista, las colecciones de novelas cortas; esfuerzo necesario y muy útil, por cierto, pero de resultados insuficientes si los comparamos con el amplio repertorio que necesitaríamos. Convendría abrazar, en efecto, una masa imponente de obras varias, que pocas veces o nunca se han tenido en cuenta en esta perspectiva, desde las colecciones de fábulas hasta unos tratados científicos, como el *Dioscórides* del doctor Laguna, el *Arte de la pintura* de Francisco Pacheco o los *Discursos del pan y del vino* de Diego Gutiérrez Salinas; desde las recopilaciones de cuentecillos, como la de Juan de Arguijo, hasta los refraneros y diccionarios del Siglo de Oro, obras todas tan imperfectamente aprovechadas para un estudio de los balbuceos o de las formas elementales de la novelística. Cuando se hayan explotado convenientemente estos materiales desdeñados por la erudición del siglo XIX y de lo que va del siglo XX, sabremos mucho más acerca del nacimiento y desarrollo de las varias formas narrativas —así lo hace esperar el magnífico estudio de Alberto Blecua sobre la adaptación castellana del *Baldus*— y podremos volver a escribir, en forma más satisfactoria, los *Orígenes de la novela*.

Antes de que se haya realizado tan amplio programa, cabe formular la siguiente observación: parte de la materia novelística circuló en forma oral en la España de los Austrias. No me refiero únicamente a los cuentecillos, sino también a cuentos y a auténticas novelas breves. El examen del texto completo de los llamados *Cuentos de Juan de Arguijo* es instructivo a este respecto. Incluye esa colección, formada en Sevilla por los años de 1619-1624, la novela del caballero Rugero (nº 132), contada ya en el *Decamerón* (X, 1), muy conocida en la España del Siglo de Oro, ya que sale en los *Coloquios satíricos* de Torquemada, *El Sobremesa* de Timoneda, la *Filosofía antigua poética* de López Pinciano, la *Censura de la locura humana* de Jerónimo de Mondragón, la *Silva curiosa* de Julián de Medrano,[10] y da asunto a la comedia de Lope de Vega *El servir con mala estrella;* una versión del cuento de los dos caballos

[10] *El Sobremesa*, I, 47, p. 173*b*; *Filosofía antigua poética*, I, p. 108; *Censura de la locura humana*, pp. 129-130; *Silva curiosa*, pp. 162-163. El texto de Torquemada queda reproducido en Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, C. S. I. C., III, p. 69.

irascibles y desavenidos que se reconcilian cuando quedan enfrentados con un león (nº 560), cuento relatado ya por el Infante don Juan Manuel;[11] la novelita del mañoso ciego que, gracias a su astucia, recobra los escudos que le había robado un compañero infiel (nº 563), novelita vieja que ya aparecía en las obras de Raimundo Lulio,[12] que se copia en *El Sobremesa* de Timoneda y en *Las clavellinas de recreación* de Ambrosio de Salazar, y a la cual alude fugazmente Gracián en la *Agudeza.*[13] Estos relatos los conocieron por vía oral quienes formaron el cartapacio de *Cuentos de Juan de Arguijo;* el hecho es indudable, en especial en el caso del último cuento, el cual se presenta en forma tan lastimosamente estropeada y con detalles tan propios de la narración oral, que no se puede defender en serio la idea de que se haya copiado de un texto impreso. En vista de estas observaciones, por limitadas que sean, hemos de admitir que novelas breves y cuentos circulaban oralmente durante los siglos XVI y XVII en España, y lo mismo fuera de España. No faltan, además, testigos del hecho: recordemos que Lorenzo Palmireno, Gracián Dantisco y Rodríguez Lobo certifican la costumbre de contar novelas en las tertulias españolas,[14] y que el señor de Brantôme, según confesión suya, conoció por boca de Daurat, años antes de leerlo impreso, el famoso cuento de la viuda de Éfeso.[15] Estas novelas serían de las que califica desdeñosamente Suárez de Figueroa, en *El Pasagero,* de "novelas al uso", cuando las compara con las novelas graves, ejemplares y sentenciosas, que gozan de sus preferencias:

> Por novelas al uso entiendo ciertas patrañas o consejas propias del brasero en tiempo de frío, que, en suma, vienen a ser unas bien compuestas fábulas, unas artificiosas mentiras (p. 55).

Dadas estas circunstancias, parecerá legítima la siguiente pregunta: el cuento del duque de Florencia heredero de la albarda

[11] *El Conde Lucanor,* Ejemplo IX.
[12] *Orígenes de la novela, I,* pp. 135-136.
[13] *El Sobremesa,* II, 59, p. 181*b*; *Las clavellinas de recreación,* pp. 89-91; *Agudeza,* II, p. 97.
[14] *Cuentecillos tradicionales,* Introducción.
[15] *Les dames galantes,* "Le livre de poche", pp. 397-398.

del mendigo, la burla de San Juan de Alfarache, la historia de los amores de Rodrigo de Montalvo, la novelita del provenzal y su mujer, el cuento del prestamista estafado, la burla de la tinaja, ¿serán novelitas que leyó Mateo Alemán en algún libro o relatos orales que oyó en alguna charla? Confesemos que lo segundo no pasa de ser hipótesis que no podemos comprobar. Pero tampoco tenemos derecho a desecharla sin previo examen, pues es cierto que la novela de Mateo Alemán —y lo mismo que ella, la literatura narrativa y dramática del Siglo de Oro— vive rodeada siempre, y muchas veces invadida, por enorme materia oral: refranes, romances, chistes, cuentecillos y cuentos o novelas breves. Y cierto es que el mecanismo de la creación literaria en los siglos XVI y XVII difiere radicalmente de lo que podemos observar en nuestro siglo XX, en el cual casi todos los escritores viven desligados de cualquier tradición oral.

* * *

Esta realidad que procuro evidenciar o sugerir, esta realidad mucho más extensa y honda de lo que expresan estas páginas, la percibían directamente los primeros lectores de *Guzmán de Alfarache*. Advertían inmediatamente todo lo que la vida de Guzmán vagabundo, paje, estudiante, ladrón —la vida del pícaro— debía a un viejo fondo tradicional. Lo mismo que nosotros, mejor que nosotros, y sin la mediación del esfuerzo erudito, reconocían en muchos capítulos de la novela una materia familiar y divertida, materia de libritos de entretenimiento y de conversaciones jocosas. En estas condiciones, ¿como iban a entender este libro recién salido de las prensas en 1599 y 1604? Muchos de ellos lo leyeron sin duda como obra de entretenimiento. ¿Pecará de atrevida la afirmación? No lo creo, pues así lo dicen varios lectores de *Guzmán*.

Los testimonios que se verán a continuación pocas veces o nunca se han tenido en cuenta hasta ahora. Bien se entienden los motivos de tal olvido: tales testimonios no son muy pormenorizados ni proceden de ingenios de la estatura de Gracián. Pero a estos hombres —no todos eruditos ni escritores— hemos de escucharles si queremos construir una historia de la

cultura que pueda merecer este nombre. Los dos primeros fueron inmigrantes en la Nueva España. El día 23 de octubre de 1600 arriba una nave española a Vera-Cruz. Unos agentes de la Inquisición suben a bordo y preguntan a los pasajeros qué libros llevan consigo. Contesta un tal Juan de Ugarte, natural del Valle de Horozco (Vizcaya) que "para divertirse traía un libro llamado *La Arcadia* de Lope de Vega, y otro, el *Guzmán de Alfarache*": dos libros recientes, ambos considerados por su poseedor como obras de entretenimiento.[16] Años más tarde, el día 28 de septiembre de 1605, igual escena se da en San Juan de Ulúa: un pasajero, llamado Alonso de Dassa, oriundo de Monte Molina, de edad de treinta años, declara que "para su propio entretenimiento traía la *Primera parte* de *El Pícaro, Don Quijote de la Mancha* y *Flores y Blancaflor*".[17]

Que la materia jocosa de *Guzmán de Alfarache* haya interesado preferentemente a parte de los lectores, no lo podemos dudar cuando abrimos el libro de *Cautiverio y trabajos* de Diego Galán. Leemos en efecto en esta obrita, redactada durante los primeros años del siglo XVII, el siguiente cuento:

> Iba [un montañés], pues, a enterrar a una hermana suya, descalzo y con señales de melancolía (en aquella tierra distan las casas unas de otras, muy apartadas de la iglesia), y, pasando por la taberna, vio vender vino blanco, fingió quedarse a una necesidad corporal y dijo: "Anden Vms. con la desgraciada, que en dos saltos los alcanzo"; y entrando en la taberna, de un polvo en otro se levantó tal polvareda que se quedó dormido; los del acompañamiento, a la vuelta, viéndolo tendido, le recordaron; y él, todo turbado, dijo: "Perdonen sus mercedes, que ¡voto a Nuestro Señor! no hay cosa que tal sed y sueño ponga como melancolías".[18]

Diego Galán califica el relato de "cuento antiguo": a pesar de esta afirmación suya, las semejanzas evidentes, literales más de una vez, que existen entre su redacción y la que trae la *Primera*

[16] IRVING A. LEONARD, *Los libros del conquistador*, México, 1953, p. 218.
[17] *Los libros del conquistador*, p. 224.
[18] "Bibliófilos Españoles", I, XXXVII, p. 5.

*parte* de *Guzmán* (pp. 147-148) no permiten dudar de que lo copió, con algún que otro arreglo, del libro de Mateo Alemán.

Dos escritores de principios del siglo XVII, por fin, emiten sobre *Guzmán* unas opiniones que sensiblemente difieren de las que defienden el contador Hernando de Soto, el alférez Luis de Valdés y Baltasar Gracián. El primero es Juan Valladares de Valdelomar, clérigo en Córdoba, autor del *Caballero venturoso,* en cuyo prólogo escribe, dirigiéndose al lector: "No te pongo aquí... sátiras y cautelas del agradable *Pícaro*".[19] El segundo es Juan de Robles, beneficiado de la iglesia de Santa Marina de Sevilla, quien, en su tratado retórico de *El culto sevillano* (1631), alude desdeñosamente a algunos mozos, que "en habiendo leído a *Guzmán de Alfarache* o a *Don Quijote,* o estando por ventura en la segunda clase de la Compañía, se sueñan catedráticos de Salamanca y hablan en las materias con la libertad y autoridad que si lo fueran":[20] cuando sabemos que el siglo XVII leyó *Don Quijote* como libro de aventuras burlescas, la equiparación no indica, por cierto, alto aprecio del valor didáctico de *Guzmán.*

Estas afirmaciones son pocas. Pero detrás de los hombres que las emiten hemos de percibir la cantidad, mucho más elevada, de lectores a los cuales divierten tanto las aventuras de *Guzmán,* que no vacilan en imponer al libro un título abreviado: *El Pícaro.* Así lo llaman Alonso de Dassa y Juan Valladares; así lo llaman otros muchos (Rico, pp. XC-XCI); y la Pícara Justina ha de presentarse, en el Prólogo del libro de su vida, como "la novia de mi señor don Pícaro Guzmán de Alfarache". *El Pícaro,* y no *Atalaya de la vida humana.*

A estos lectores les podrá calificar nuestra erudición —que no siempre peca de humilde— de cortos de vista y superficiales. Pero los cortos de vista y superficiales ¿no seremos nosotros, cuando no percibimos en el texto tanto elemento tradicional y chistoso como contiene? No se le ocultaba a Mateo Alemán, autor de la *Primera parte* del *Guzmán,* que iba a tener lectores más amigos de la conseja que del consejo. Había él de lamentar el hecho en uno de los primeros capítulos de la *Segunda parte:*

[19] Gallardo, *Ensayo,* IV, 895.

[20] *Primera parte del culto sevillano* (1631), "Bibliófilos Andaluces", pp. 36-37.

> Haga nombre del mal nombre, quien desea que se le caiga presto. Porque con cuanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto más arraiga y se fortalece... Esto propio le sucedió a este mi pobre libro, que, habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana,* dieron en llamarle *Pícaro,* y no se conoce ya por otro nombre (p. 546).

Pero ¿lo lamentó en serio? Confieso que lo dudo. De molestarle profundamente el carácter ambiguo de la *Primera parte,* lo hubiera eliminado de la *Segunda.* Ahora bien, la realidad es muy distinta: las aventuras picarescas no ocupan menor lugar en la *Segunda parte* que en la *Primera,* y los cuentecillos de estilo jocoso que hemos examinado en el presente estudio son dos veces más numerosos en aquélla que en ésta.

Lo cual no quita que el contador Hernando de Soto, el alférez Luis de Valdés, Baltasar Gracián, y, con ellos, otros lectores que no conocemos ni conoceremos nunca, hayan podido —legítimamente— apreciar *Guzmán* como obra moral. El libro era bastante rico y variado para admitir lecturas diversas. No lo mutilemos como hizo Lesage. Pero tampoco olvidemos dos verdades dignas del buen Pero Grullo: que *Guzmán de Alfarache* es novela, no tratado ascético, y que Mateo Alemán, escritor, procuró —como Cervantes, como Lope— los aplausos del público más extenso posible. Este público lo consiguió, según demuestra el triunfo editorial del libro. A tan resonante éxito no poco hubieron de contribuir, para muchos lectores del siglo XVII, los cuentecillos tradicionales, los chistes familiares y las novelitas extensamente difundidas, que profusamente sembró Mateo Alemán en su prosa.

MAXIME CHEVALIER

Université de Bordeaux.